



*Malaventura*



FERNANDO NAVARRO



IMPEDIMENTA



*Cuando canto, me sabe la boca a sangre.*

Tía Añica la Piriñaca

YACE EL CUERPO  
DE UN HOMBRE ENAMORADO

Lo que me despertó por la noche no fueron sus gritos. Era raro que Dieguico el Morato levantara la voz. De hecho, algunos no recuerdan cómo era. Grave como si hablara dentro de una campana. Aguda como un aullido. Nada. Imposible. Yo sé muchas cosas de él. Sé que tenía la voz cascada, como de viejo, aunque era un hombre joven. Sé que era una voz que daba miedo. Sé que usaba palabras raras y rebuscadas, palabras antiguas. Y que como nadie había cogido un libro en este pueblo, no podían entenderlas.

No hacía falta que escuchasen su voz.

Si Dieguico el Morato quería algo solo tenía que pedirlo una vez. Nadie estaba tan loco o era tan valiente como para hacerle repetir las cosas. Por eso nadie recuerda su voz.

Era delgado, eso sí lo recuerdan todos. Tenía los ojos negros. Oscuros y profundos. Daban miedo. Le salían dos patillas negras de debajo del sombrero de fieltro que siempre llevaba puesto.

Si alguien lo miraba de cerca podía fijarse en los dientes verdosos. En los labios grandes, un poco cuarteados. Y en una cicatriz que sobresalía un poco por debajo de una de las orejas, como si alguien hubiera intentado rajarle el cuello.

La piel estaba acostumbrada a la solina y al frío y era de un color casi amarillo por culpa del vino que tomaba. Su sudor olía a meaos. Nadie sabe cuándo empezó a beber vino. Se contaba que lo hacía desde que era zagalico. Aprendió a beber antes que a gatear. Qué exagerará es la gente en este sitio.

Tampoco nadie sabe cuándo le cambió la cara. Porque Dieguico el Morato había sido guapo como el demonio y ahora era más bien feo. Feo y grande y sucio.

Todo el mundo sabía que iba a pasar lo que acabó pasando. Nadie pareció sorprendido y nadie volvió a hablar de eso, excepto cuando venía gente de fuera a preguntar. Cotillas, que es lo único que viene a este pueblo después de aquello.

Dieguico el Morato bajaba de su casa, en las cuevas del monte, de vez en cuando. Se paseaba por la calle mirando de reojo, maldiciendo y jurando con esa manera de hablar tan rarica que tenía. Las manos bien sujetas a dos pistolones amarrados al cinto que, decían, le había roba-

do a un soldado medio muerto de sed que se encontró en el desierto.

Como mi padre me había sacado del colegio y yo me escaqueaba del trabajo en los bancales, me ponía a seguirlo cuando venía al pueblo. A veces durante todo el día. Era lo único que hacía. Sin que se diera cuenta. Yo era pequeñico y escurridizo entonces y podía esconderme en cualquier sitio. Me escondía tan bien que ganaba a mis primicos jugando al escondite. La mayoría de las veces acababan cansados de buscarme y se olvidaban de mí. Cuando yo volvía ya estaban a otra cosa o incluso liando sus primeros cigarros. Yo también era rápido, podía correr mucho y dejarlos a todos atrás. Y mi padre decía que tenía una cara tan normal que nadie se acordaba si me había visto o me había saludado. Aún hoy me pasa eso.

Así que es posible que Dieguico el Morato sí que me viera seguirlo por las calles, pero que pensara, como decía mi padre, que era un niño distinto en cada ocasión. Solo una vez me puso la mano en el pelo, lo revolvió un poco con una sonrisa, me llamó rubio y siguió su camino.

Iba siempre vestido de blanco, con un traje que perteneció a su padre: un gran hombre, buen aficionado al canto jondo, poeta y bohemio y que había dejado un montón de hijos y un montón de deudas. En el pueblo no vivía ninguno de sus hermanos. El Morato era el único que había llevado la mala vida de los caminos. Los demás o habían muerto de zagales o se habían ido a trabajar a Málaga e incluso a Barcelona.

Así iba el Morato: vestido de blanco y con su sombrero de fieltro. Serio y tosiendo las últimas veces. Con

alguna mancha morá oscura en el traje blanco. Sin saludar y con los dos pistolones en el cinturón.

Yo lo seguía desde que llegaba al pueblo. Me escondía bien cuando iba a hablar con las fulanas de la Petro, que lo conocían mucho y le daban cariño. Me escondía cuando se subía con alguna de ellas al campanario a cambio de un par de gallinas que le traía al cura. Siempre me he preguntado qué haría el cura con tanta gallina.

El Morato recorría primero los tenderetes del mercado en medio de la rambla. Luego los bares. En algunos se le veía contento y cantaba. Fandangos, farrucas, tarantos. En otros había peleas. Compraba tabaco, cañaduz y balas. Los días buenos bebía jumilla. Los malos, mistela y palomicas de anís. Comía cualquier cosa frita en mucho aceite. Cuando pasaba de medianoche se le podía ver su sonrisa verde en las fondas. Mientras se hacía de día vomitaba el vinazo.

Y siempre, antes de perderse en los bares o desaparecer del pueblo camino de su cueva en el monte, cuando aún era de día, en silencio, iba a casa de la maestra que estaba en las afueras.

Dieguico el Morato se sentaba en el salón de la casa de la maestra. Y los dos se abrazaban al fuego cuando era invierno y al lado del granero cuando era verano. Os juro que nunca he visto a nadie abrazarse así.

Luego se daban besos. Él le acariciaba el pelo. A veces ella lloraba de alegría. Y se decían cosas que yo no conseguía oír.

\* \* \*

Una noche él se quedó a dormir en lugar de irse por ahí de tascas.

Fue la misma noche en la que mi padre y mi madre me buscaron como unos locos por todo el pueblo, preocupados perdíos. Yo tendría ya trece o catorce años y sabía lo que hacían los hombres y las mujeres cuando estaban juntos en una cama. Lo sabía. Pero nunca lo había visto.

La maestra preparó un caldo con los restos del pollo. De vez en cuando sacaba el cucharón y lo probaba y se le escapaba un mmmm qué rico o a lo mejor echaba un puñado más de sal con un gesto de disgusto. El Morato había llegado muy cansado. Ella terminó de apañar el caldo y se acercó a él. Se lo bebieron en silencio. Comieron luego unas migas que ella había cocinado al mediodía, con su tocino, su grasa y su chorizo. Agotado, él se sentó en la mecedora, mirando el fuego, mientras ella recogía los restos de esa cena tan extraña. Dejó los platos en remojo.

Se quitaron la ropa.

Yo nunca había visto a una mujer desnuda. O medio desnuda, porque en cuanto ella se soltó el pelo, le cayó por delante de los pechos que apenas pude intuir. Los recuerdo como si fuera ayer mismo.

El cuerpo del hombre estaba lleno de heridas y magulladuras, de cicatrices y señales de golpes, de quemaduras. Dieguico el Morato la besaba. Ella sonreía.

Luego ella lo cogió de la mano y lo llevó hasta el dormitorio.

Di una vuelta completa a la casa. Y a través de los listones de madera cerrados, pude entrever algo. Poco.

En la cama se abrazaron primero y luego se enroscaron las piernas, como si fueran alacranes entre besos y susurros y gemidos. Aún me acuerdo de la expresión de paz en el rostro del Morato y del pelo largo de la maestra, tendido como si fuera una mujer ahogá en el río y tapándole el pecho.

Al rato, con la piel de las mejillas enrojecía, acalorao perdío, me fui.

Se ha contado muchas veces. De muchas maneras. Se ha exagerado. Y se han dicho muchos embustes. Tela de embustes y trolas se han contado. Hay una parte de lo que pasó que nunca pasó. Cosas que se dicen solo por hablar. La gente habla mucho, dice mi padre. La lengua siempre mejor dentro del paladar, grita como le gusta gritar, los dedos amarillos de liar tabaco cuando vuelve de los bancales. Manía de hablar por los codos y pa decir ná más que mierdas, repite mi padre y mi marecica le dice que le va a lavar la boca con jabón mientras se santigua como hacen todas las mujeres de este pueblo de mierda.

Entre lo que se cuenta: que los Guzmanes, hijos y nietos de Guzmán, eran tres. Dos rubiascos con mu mala uva y un zagalico rubicundo con pecas no mucho mayor que yo. En las últimas semanas se les veía por las ventas y las aldeas preguntando a unos y a otros. Venían del oeste los tres rubios montados en tres cimarrones marismeños de los que estaban bien orgullosos y a los que nadie podía acercarse sin que se ganara un coscorrón lo



menos. Una paliza lo más. Se pasaron los rubios semanas preguntando en las fondas y en las eras por un cabrón del que no querían decir el nombre. Los Guzmanes ya habían montado gresca en su búsqueda del cabrón y la gente los veía aparecer y se los negaba entre dientes: qué querrán los cabrones estos sevillanos que buscan al cabrón. Eso era lo que escuchaba yo, agazapao debajo de la mesa de mi padre cuando venían algunos de los titos a largar lo que se decía afuera del pueblo. Sus castas los Guzmanes, se mordía mi padre la lengua antes de decir más. No vayan a tener orejas en las paredes, sus castas los Guzmanes, que van a buscar la ruina del puebluco este. Están muy lejos de su casa estos rubios para andar tan subidos. Un día tú verás. Y venga hablar de los Guzmanes, hijos y nietos de Guzmán.

Qué buscan.

Qué quieren.

A qué tanta bulla ahora estos Guzmanes aquí, se preguntaba la gente de los pueblos cercanos. Y por los caminos. Y en los bancales. Y en las fondas.

Y todos se hacían los tontos porque sabían lo que buscaban los Guzmanes. Y nadie quería relatarles ni mirarlos a los ojos y a veces hacían como que no estaban, porque estaba claro cómo iba a terminar tó.

Mal.

Que es como siempre terminan las cosas.

El Tío Guzmán era dueño de medio Ubrique. Tenía más parné del que uno podría ver en toda su puta vida. Tenía

las mejores mulas de la zona, carros y cerdos; tierras todas las tierras que quisieras; tenía un montón de vacas y ternéricos, cobras de yeguas que vendía para trillar, barricas de un vino con su nombre que le hacían en Sanlúcar, caballos de todas las razas, una mujer, ningún hermano vivo, una querida y tres zagales: dos rubios grandes a cuál más bruto y el pequeñajo rubicundo que era casi el peor de los tres por mu enano que fuera.

Todo esto pasó hace mucho tiempo. A veces los que lo narran son tan viejos que ya no saben si soñaron o imaginaron todas esas aventuras.

Y es que se contaba que el Morato antes de ser el Morato y esconderse en las cuevas y pasearse por el pueblo se había dejado la vida recorriendo esos caminos sevillanos tan lejos del desierto. Sacándoles los jurdeles a los que tuvieran la mala suerte de cruzarse con él.

Muchas veces me he imaginado la estampa. Un pañuelico que le tapaba media cara, el sombrero encalao tapando la otra media. Con la voz cascá de viejo aunque era joven: anda dame tó lo que tengas y asín no tiro de estas dos, señalando los pistolones. Y a correr sin mirar atrás cuando acababa la faena.

Era muy vivo y aprovechaba las vísperas y los caminos de las ferias de bestias. Los ganaderos menestrales, los tratantes y los artesanos, algunos labradores, iban con la bolsa llenetica pesetas para comprar o volvían con la bolsa llenetica pesetas de vender. Y ahí que se llevaba el Morato su buena tajá. Una vez, incluso cuentan que dejó limpio al recaudador de Morón, que venía de ponerse agustico de manzanilla y de chicharrones en una

fería y que, bueno, dejó de ser recaudador de Morón después de ese día.

Al Morato lo acompañaba uno al que llamaban el Yiyo Bazán. He escuchado que era un cordobés bajico y malencarao que tiraba de navaja con la facilidad con la que ladran los perros. Se llamaban compare entre ellos. No les gustaban los retratos ni que se les mentara. Compraban las gacetas en las que salían las noticias de sus asaltos y sus robos. No para leerlas, sino para prenderles fuego y ver las cenizas volar en el frío de los campos. Algunas veces se les veía contentos después de pegar los palos, ciegos de vino y rodeados de mujeronas de los pueblos. Ay, la buena vida, pensaría Dieguico el Morato en aquellos años tan lejanos y en los que no tenía amor pero sí parné.

Al Yiyo Bazán un cabo de la Guardia Civil le pegó cuatro tiros por la espalda en una huida. Y ahí que se murió el desgraciao: abierto por la espalda como una gallineta a la brasa, sobre una encina. Bajo la solina sevillana y el aire ese molesto que se llena de mosquitos.

Fue el mismo cabo que, en una celda de Jerez, se cerró con el Morato esposado. El que le dejó de recuerdo la cicatriz en el cuello y algunas de las quemaduras del cuerpo. El mismo cabo al que el Morato perdonó la vida cuando lo tuvo a tiro el día que huyó de allí para no volver a ser atrapado nunca más. Lo contaba el civil años después, borracho por las barras de las ventas, orgulloso: el primero en marcar bien a ese hijoputa fui yo.

El Morato escapó de la celda abriendo un bujero en el techo. Y a correr por los tejados, que si lo imagino ni me lo creo. Igualico que un gato montés. Costaba creer que

fuera el mismo hombre vestido de blanco, silencioso y extraño que se perdía por las calles cerca de donde yo vivía y que se jartaba de mistela y anís noche sí noche también.

El Morato estuvo una época dando tumbos por América. A ser bueno, dicen que decía. Y al final lo de siempre. Ni bueno ni ná. Que si timando a unos gachós de la Argentina, que si regentando una fonda en Cuba, que si viviendo a costa de una cupletera venida a menos en Buenos Aires, que si llevando un puesto de chacinas en México. Se llegó a contar, aunque yo sé que era mentira, que había sido picaor de toros en Ancho de Lima y que lo había revoloneao un toro, y que por eso la dichosa cicatriz del cuello.

Al final de tanto trajín llegó de vuelta. Sin nada que hacer y otra vez pobre como lo son las pitas y los nopales.

Igualico que un árbol seco.

Al llegar de las Américas, el Morato se las había agenciaado para vender paños y telas que traía de Gibraltar. La cosa ya no daba más de sí. ¿Quién se ha hecho rico de vivir vendiendo paños? Las mañanas después de la farra, mientras echaba todo el vinazo soplado durante la noche, se acababa acordando del Yiyo.

Acabó, está claro, volviendo a los caminos.

Fue en una vereda de la ruta que llevaba a la feria de Mairena del Alcor, que era la feria más importante que había entonces. Se escuchaba a lo lejos a un fulano tarareando contento unas sevillanas corraleras. La venta de las bestias se había dado bien, imaginó el Morato. Como

todos los Guzmanes de esa rama, el Tío Guzmán era rubio con los ojos azules de gato. El pelo gris ya mezclado con el amarillo y el color de los ojos le daba el aspecto de un fantasma cansado. A pesar de la viruta que manejaba, se empeñaba en ir por los caminos a vender. Se fían de mí más que de nadie, le juraba a su mujer antes de coger la mula y el carro y tirar.

Ocurre así.

Es casi de noche.

El Morato saca los pistolones. El Tío Guzmán no levanta las manos. No va con él ese asalto. El Morato no quiere tiros. Ha perdido el gusto por la pólvora en América. Intenta de buenas maneras que el sevillano recule. El Guzmán nada. Como quien oye llover. Hay un forcejeo entre los dos. Feo. Incómodo. Guzmán es un señor mayor y el Morato ni busca líos ni quiere sangre. Al final un culatazo mal dado en la frente del viejo: una herida grande. El Tío Guzmán cae al suelo.

El Morato se mueve rápido.

En la faltriquera del Guzmán encuentra una sorpresa en forma de oro en onzas. Dicen que cincuenta kilos. Otros dicen que eran diez. Cómo lleva tanto peso el viejo en el cinto es algo que suena a trola. A lo mejor fueron solo tres o cuatro onzas. Tuvieron que ser pocas porque Dieguico el Morato nunca tuvo mucho de nada después de este palo. Y con diez onzas de oro hay para vivir toda una vida dice mi padre.

El Morato se gira. No le gusta ver al viejo tirado en el suelo. Se imagina que es su padre que en paz descansa o alguno de sus hermanos. Quiere ayudarlo a levantarse.

No lo hace, por prudencia: no se fía del viejo, que tiene cara de bicho rubio y que de joven ha sido un animal salvaje que ha hecho lo que ha querío y con quien ha querío.

Piensa el Morato rápido: vale, con este oro puedo tirar. No me hace falta. No coge el resto de las cosas. No busca más dinero. No le roba nada más. Se va de allí.

En la huida, larga, de semanas, de la que tanto se ha hablado, usa relevos de caballos. Hasta Antequera los tenía preparaos. No era tonto el Morato en aquellos años. Nunca lo fue.

No vuelve a los caminos jamás. Ni pisa más Sevilla. Es el último palo.

En qué hora, Morato.

Y es que resultó que el Guzmán además de viejo, rico y engurruñío era un avinagrao. Y al llegar de vuelta a Ubrique se encerró en su despacho. Cerró las contraventanas y dejó la estancia a oscuras. Ni comió ni durmió en tres días. No habló con nadie. Ni curarse la herida de la frente quiso. Otros dicen todo lo contrario: que maldijo y juró y mentó a los muertos del Morato a grito pelao durante esos tres días y que se pegó un festín con ternera y viandas traídas para eso.

Fuera como fuera, unos días después hizo llamar a una gitana que se llamaba la Galga Montoya.

La Galga era la mujer de uno de los barqueros salineros de la bahía. Se contaba que el Guzmán y la Montoya tenían más que palabras. En otros sitios dicen que era otra de sus queridas. Cuentan que era una vieja fea sin dientes con las orejas llenas de aros de plata y que no podía ser la querida de nadie.

So pena de excomuni3n, Guzm3n le pidi3 rezos y favores. El maleficio empez3 con una oraci3n a santa Marta. Luego aquella que dice: Blas Blas Blas encomi3ndate a Barrab3s y no te detengas a mi mandato. Arrebu3j3 en una mesa huesos secos de abubilla. Tierra de las c3rceles cercanas. Cardos y retama. Pidi3 a Guzm3n que saliera a la puerta de la calle con un pie descalzo en el umbral y el otro calzado.

La Galga Montoya puso los ojos en blanco.

Y expuls3 de su garganta con un gargajo dos culebras negras que se fueron repartiendo por los caminos. El malfario se extendi3 por el campo. Y se vieron luces en el cielo cuando era muy de madrugada. Y pasaron los a3os.

El Morato vivi3 confiado en sus cuevas.

Y a lo mejor nunca pens3 que alguien aguantase tantos a3os de mala hostia por un par de trozos de oro, pero as3 son los terratenientes, que no olvidan ni una sola de las mierdas que les haces, pues si lo sabr3 mi padre que ha tenido que estar en los bancales de uno de estos doblando el lomo por una deuda de juego que no ha podido pagar n3 m3s que con sudor y no con dinero.

A veces pienso en el Morato: ¿y si nunca hubiera conocido a la maestra? ¿Y si nunca hubiera bajado de las cuevas a pasearse por las calles como si nada? ¿Y si no le gustaran los besos de esa mujer tanto como le gustaban?

Lleg3 la noche feroz: el crimen.

La maestra no apareci3 por la escuela el lunes siguiente. Ni el martes. Dicen que cuando fueron a su casa al final de la semana encontraron unos libros de poes3a tirados por el suelo, algunas p3ginas arrancadas. Los cazos

en remojo, los restos de un caldo, un par de lebrillos con agua sucia. La cama hecha. Un par de limones podridos.

Unas tijeras.

En la mesa y en el suelo y en la cama pelo cortao a jirones. Por toda la casa. En montones. Y al lado de la pila en la que se enjuagaba. Y en montoncitos en la tierra. Y bajo el marco de la puerta. Y entre las páginas de algunos poemas que había subrayado. Había tanto y en tantos montones que uno podía pensar que toda la melena que una vez le cubrió el pecho había desaparecido de su cabeza.

Nadie volvió a verla nunca más.

Lo que pasó: al asomarme desde mi ventana vi a Dieguito el Morato tirado en el suelo. Escupía sangre y un par de dientes se le habían caído, dejando un reguero de babas entre el cuello y la arena. Los Guzmanes le daban patadas con fuerza en el estómago, lo que hacía que tosiera aún con más violencia. El más zagal le dio una patada en la cabeza, dejándole la forma de la suela marcada en la cara y abriéndole pequeñas heridas en la cabeza.

Uno de los Guzmanes usaba un látigo, que blandía sobre la espalda del Morato. La camisa ya dejaba a la vista tiras de piel. Intentaba levantarse, pero las patadas lo obligaban a seguir tirado en el suelo. Sus pistolones estaban a unos pocos metros de él. Era incapaz de moverse un poco para cogerlos.

A pesar de los continuos golpes, que cada vez eran más fuertes, el Morato no perdía el conocimiento. Miraba a los hombres, como intentando recordar quiénes



eran, pero un derrame en el ojo le había hecho perder la visión; y las lágrimas, cuando le rompieron la nariz, le inundaban el otro.

Como pudo se levantó, intentando mantener la dignidad. El labio, la nariz, la mejilla y el ojo empapados en sangre, otros dos dientes menos. Se tambaleó en pie. Iba a decir algo cuando al infeliz le pegaron un tiro en la cabeza, dejando al descubierto, tras la piel del cuero cabelludo abierto, la pulpa roja y algunos cabellos pegados al poste de madera de una de las casas.

El cuerpo se desplomó.

Quedó tendido en el suelo y no se movió más. Las moscas no tardaron en venir. Los pocos que estaban allí se fueron. Después de una llantina falsa, una niña feíca que conocía de cuando yo iba al colegio salió corriendo. Riéndose.

Antes de que empezara a pudrirse, el cura y el Guzmán del látigo enterraron su cuerpo debajo de una pita. Limpiaron un poco el polvo de la ropa. Le colocaron bien la camisa. No sé por qué se molestaron en eso.

A veces paso por esa pita y quiero ver debajo de la tierra para comprobar cómo se pudre el cuerpo de un hombre.

Yo me quedé dormido enseguida. Soñé con algo que no tenía nada que ver con Dieguico el Morato. Al día siguiente, como hacía todos los domingos después de ir a misa, me fui a cazar liebres.